

CARTA CONTRA MI MISMO

Lugar: 4 paredes
Fecha: depresiva

Ahora es un poco difícil de explicar, pero mi primer libro fue: El punto sin retorno, el primer poema quizá: alguna ridiculez sobre la patria y mi primera composición formal: La juventud. Tenía alrededor de 11 años y mi afición por los libros comenzó a crecer; sobre todo porque era casi prohibido acercarse a los libros, principalmente a los de sexología –talvez por el tabú-, y no digamos a las enciclopedias –quizá por el cuidado que merecían-. Sin embargo los objetos cuadrados y empolvados poseían cierto misterio y magnetismo, debían ser leídos rápidamente y a hurtadillas, si el alto mando familiar se enteraba de tal acto sedicioso, el cadalso sería reactivado para la ejecución. No obstante, siempre existió alguna forma de engañar a la guardia pretoriana y por fin los 20 de Neruda junto con sus 100 sonetos me demostraron que todo cuanto necesitaba saber de amor empezaba por ese sendero; Alonso Quijano me enseñó que la locura era la forma más cuerda de vivir; Freud, Marx y Nietzsche eran demasiado, no encontraba aún relación entre el inconsciente, el hombre y el superhombre, pero igual sentía que eran grandiosos y que me intentaban decir algo. Con el tiempo comprendí que los libros eran seres capaces de liberarme o de encerrarme para siempre, poseían cierto poder para cambiar mentes, eran manipuladores, a veces irreverentes, algunas veces interesantes, otras aburridos, muchos tenían la capacidad de enseñarme un mundo nuevo lleno de conocimiento, otros tenían la habilidad de aterrorizarme y convencerme que era menos que nada; de igual manera, todos tenían algo que ofrecer fuera lo que fuera, fantasía en un mundo mejor y utópico, sueños de los que jamás se puede despertar, amor por una mujer que no te puede amar, odio a si mismo por ser lo que no quieres ser, páginas repletas de dudas, peleas entre dioses que quieren ser mortales y miles de demonios que te poseen con cada palabra que se avanza.

La literatura se convirtió en una palabra demasiado fuerte, era el octavo pecado capital decir y pensar que te dedicarías a los libros, no tenía cabida dentro del canon de la familia, era inconcebible dedicarse a eso, la muerte era inminente y seguramente me alcanzaría en alguna banqueteta –por hambre por supuesto-.

Fallé y dejé los libros, entonces de verdad el hades me alcanzó, crucé al otro mundo pidiéndole fiado a Caronte –me olvide de las monedas- y le entregué un poco de mi carne al Cancerbero, y me dejó pasar.

El otro mundo era peor de lo que pensé; toda libertad soñada quedó atrás y debía regirme bajo el código de lo impositivo, esa era la regla, estudiar la matemática y las ciencias porque sería lo único que me salvaría en este planeta lleno de caníbales, que esperan el momento menos pensado para comerte las entrañas... irónicamente, aún estando alerta y preparado fui devorado una, otra y otra vez. Fueron los diez años más perdidos de mi vida, fue la era del oscurantismo de mi mente y de mi cuerpo.

Era necesario entonces romperlo todo, buscar ayuda, consultar un chamán, o que el psicólogo me practicara una regresión...no sé, pero realmente me había convertido en nada; era difícil tomar la decisión, me había vuelto dependiente de lo que el inframundo me había dado y me había acostumbrado, no era fácil mandarlo todo y a todos directamente a la mierda, el mundo ya me había hecho miedoso, aferrado, dependiente y sobre todo económico... y repentinamente dejaron de apostar por mí, ya nadie daba nada por mí, -que extraño- aún siguen sin dar nada.

El día de la decisión inició mi apología, la literatura, era más que crear una obra poética o artística y estudiarla en estructuras, era más que palabras formadas por autores representando imágenes y sentimientos, fue más que géneros y subgéneros; era vida propia, cada palabra podía poseer fuerza, mucho más que Heracles, cada relación y conjunto de ellas podía tener más ritmo que la polka misma; cada acción de ahí en adelante se convertiría en la parte final de cada verso, con rima o sin rima, con prosa o sin ella... entendí el valor de la denotación y la connotación en cada insulto que profería mi boca, descubrí que el paralelismo y la anáfora verdaderamente eran un error cometido cada vez que amaba; el dolor no era más que una onomatopeya de la mente y que las tautologías son necesarias cuando no te entienden a la primera. También aprendí que la polisemia le hace daño a mis neuronas pero es tan necesaria como una metáfora, a fin de cuentas la vida entera en una de ellas, y no es tan hiperbólica como muchos la consideran –es súper hiperbólica-.

Los libros eran entonces protagonistas, tenían la cualidad corpórea que le llaman los humanos, solo con esa cualidad les creemos; quedaba en mí creerles o no, oírlos o no, determinar si al igual que una persona, se deben considerar como personas; tendrían ellos entonces el reto de convencerme con los argumentos que contienen en sus páginas, de tenerme como amigo o como enemigo, de salvarme como salva un ángel o de perderme como pierde el demonio.

En pocas palabras, con la literatura encontré un poco de paz para mi mente tan perturbada, un poco de amor imaginario para que el sístole y el diástole no se entristezcan, me dio un poco de fuerza titánica para este cuerpo inerte que tiene que seguir viviendo no se convierta en polvo, hallé un poco de fuego divino para competir con Prometeo... fui libre entonces. ¿Fui libre?

Justo Herrera.